

LAS PELÍCULAS / FILMAK / THE FILMS / LAS PELÍCULAS / FILMAK / THE FILMS / LAS PELÍCULAS / FILMAK / THE FILMS / LAS PELÍCULAS / FILMAK / THE FILMS / LAS PELÍCULAS / FILMAK / THE FILMS / LAS PELÍCULAS / FILMAK / THE FILMS / LAS PELÍCULAS / FILMAK / THE FILMS / LAS PELÍCULAS / FILMAK / THE FILMS

EL HOMBRE SIN PASADO

Recuento

La penúltima película hasta el momento de Aki Kaurismaki es también un recuento de sus obsesiones formales y conceptuales. Encontramos en ella a uno de sus protagonistas típicos, un trabajador metalúrgico que llega a la ciudad, es golpeado salvajemente por unos ladronzuelos y acaba en un hospital, sin memoria y sin identidad. También podemos ver en sus entretelas ese itinerario hacia la redención que ya aparecía en *Nubes pasajeras*, materializado aquí en un miembro femenino del Ejército de Salvación que acoge sentimentalmente al protagonista, a la vez que le da un hogar y confianza en sí mismo, así como nuevas amistades. Y, en fin, la fatalidad quiere igualmente que ese estado de relativo idilio se rompa por un aconte-



cimiento inesperado, que dejó al albur del espectador por lo menos hasta que vea la película.

Kaurismaki es el cronista de los desamparados. Pero no escribe sus películas con la trascendencia de quien se cree en posesión de la verdad, sino con una indolencia que lo acredita como el más cuidadoso de los vagabundos cinematográficos

del siglo XXI, incluidos Pedro Costa y Richard Linklater. Es decir, sus películas, y en especial *Un hombre sin pasado*, transcurren con una precisión que, en realidad, encubre una desidia que nunca se refleja en la planificación o el montaje. Quiero decir que es un orfebre en el sentido más artesanal del término. Y que se identifica con sus perso-

najes hasta el punto de perder la identidad en el camino, hasta el punto de que nunca sabemos quién es quién.

En fin, *Un hombre sin pasado* utiliza los mecanismos del melodrama para ofrecer un diagnóstico a la vez pesimista y esperanzado de nuestra época. Parte de lo difícil que resulta vivir en un país como Finlandia, lleno de vagabundos y parados, pero llega a la conclusión de que lo mejor sería renegar de esa memoria y empezar de nuevo. Y su filosofía se resume en un momento sorprendente, aquél en el que el protagonista, tras una larga convalecencia, da las gracias a su benefactor. Preguntado por ese repentino arrebatado de verborrea, inquirido por su reacción más bien tardía, responde: "No tenía nada que decir". En esa frase podría resumirse el cine de Aki Kaurismaki. **C.L.**

DAYBREAK



Vidas cruzadas

Las películas de "vidas cruzadas" también tienen su franquicia nórdica. ¿Qué son, en el fondo, algunos productos del Dogma sino jirones de una existencia dispersa y diversificada, imposible de contar si no es aludiendo a un grupo de personajes que retratan caleidoscopicamente la sociedad a la que pertenecen? Pues eso es precisamente *Daybreak*, del sueco Björn Runge, que ganó el Premio Azul en el festival de Berlín, así como el Oso de Plata a la mejor interpretación, compartido por todos los actores y actrices.

Y es que *Daybreak* es una película colectiva en el sentido más estricto del término: porque habla de un cuerpo social determinado y porque lo hace desde un sentimiento de interconexión en el que ningún personaje tiene más importancia que otro. Hay una cena, como en la bergmaniana *Secretos de un matrimonio*, a partir de la cual salen a relucir los trapos sucios de dos parejas, inesperadamente unidas entre sí porque el marido de una de ellas y la esposa de la otra son amantes. Hay una mujer que también hace una visita, esta vez al marido que la abandonó, para preguntarle por qué se fue. Y hay un tipo adicto al trabajo que se encontrará con la horma de su zapato cuando visite la casa de un par de ancianos tan descontentos con la sociedad que les rodea que están dispuestos a tapiar sus ventanas para huir de ella.

Dos cosas llaman la atención. Primero, el hecho de que nadie parece estar en su casa, y si lo está, no se siente muy a gusto. Segundo, que cualquier contacto humano termina en acto violento, nunca consumado pero sí apuntado. Las situaciones se desencadenan hasta el límite, allá donde las normas sociales pierden su sentido en una especie de Apocalipsis privado que es síntoma de una situación más general. Del mismo modo, las aspiraciones de cada uno de los personajes —una casa nueva, otro coche, más dinero— dan cuenta de un materialismo que ha perdido el norte, de un culto al consumo que alcanza incluso el terreno sentimental, ya que la pareja es un universo terrorífico de usar y tirar en el que todas las aberraciones tienen cabida. Y la infidelidad no se produce tanto a causa del deseo sexual como del deseo de huir, una huida hacia ninguna parte que acaba obligando a correr en círculo. **C.L.**

CHILDREN

Ni sátira ni melodrama

La obsesión por las temáticas de padres e hijos es una constante de las cinematografías nórdicas, quizá porque pasar tanto tiempo en casa a causa del frío aumenta la dependencia mutua. Más allá de esta sociología de bulevar, sin embargo, algo hay de enfermizo en esas pinturas de padres que sollozan por sus hijos e hijas que odian a sus padres. O simplemente de padres e hijos ausentes los unos de los otros, encerrados en sí mismos, incapaces de generar paisajes adecuadamente afectivos. Lo que más sorprende de *Children*, en este sentido, es que se toma todo esto de manera ambivalente, a la tremenda y a la ligera. Es decir, que tan pronto se pone trascendente como le quita hierro al asunto. En un momento dado, por ejemplo, un esquizofrénico infantilizado puede estar

divirtiendo a una mujer con su charla ingenua en una parada de autobús para poco después partirla la cabeza a un tipo especialmente peligroso. De estas paradojas está hecha *Children*, del islandés Ragnar Bragason.

El enfermo mental en cuestión es el hijo de una viuda que quiere empezar una nueva vida al lado de otro hombre, algo que su vástago no se toma con demasiado buen humor. Su mejor amigo es un chico del barrio con el que juega al fútbol y que sufre las consecuencias de un amargo divorcio, de la incapacidad de su madre para sacar adelante a la familia y de su falta de popularidad en la escuela. Y el verdadero padre del muchacho no es el ex de esa mujer, sino un delincuente de poca monta, aunque extremadamente violento, que ahora quiere ganarse su afecto rompiéndole la



nariz al entrenador local para que le deje jugar en el equipo, entre otras lindezas. Este paisaje humano tiene su correspondencia en localizaciones áridas, desoladas, filmadas en un contrastado blanco y negro. Mientras los pisos son fríos y están permanentemente sumidos en una luz gélida, los exteriores no dejan espacio para la expansión de los sentimientos. Mezcla de saga familiar

a tres bandas y tebeo tragicómico —algunos encuadres tienen la textura de una viñeta—, *Children* retrata un universo devastado a partir de una determinada estética posmoderna: por todo ello, a pesar de las apariencias, no es ni una sátira ni un melodrama, sino todo lo contrario.

.....
Carlos LOSILLA

CROSS MY HEART AND HOPE TO DIE

A través de los ojos de un preadolescente

El mismo año en que unos cuantos cineastas daneses sacaban a la luz pública el documento que hacía oficial el Dogma 95, un director noruego estrenaba una película en las antípodas, una recreación altamente estilizada de la vida en una pequeña población de aquel país vista por los ojos de un preadolescente.

Opera prima de Marius Holt, uno de los más destacados cineastas noruegos, *Cross my Heart and Hope to Die* empieza cuan-

do termina el colegio, ese día en que los escolares medianamente inteligentes consideran el más feliz del año. Pero no lo es para Otto (Martin Dahl Garfalk: ¿qué se ha hecho de este prodigioso actor infantil?), pues no va a ir de vacaciones. Su padre, que trabaja en el negocio de las mudanzas, considera que en esa época la gente tiende a cambiarse de casa. Y su madre, guapa e intrigante, parece muy enamorada de ese visionario, por lo que

nisiquiera le lleva la contraria. La llegada de Frank (Jan Devo Kornstadt, otro actor misterioso e inquietante) pondrá patas arriba su pequeño mundo y le descubrirá más de un secreto.

Holst observa este universo, propio de una tragicomedia del absurdo, con ojos escrutadores y alma de fabulador. No es de extrañar, por lo tanto, que a ese demonio tentador que resulta ser Frank se le enfrente un ángel caído que tiene los rasgos del portero del edificio donde vive Otto y habla constantemente de Dios y sus atributos. Sin embargo, las apariencias engañan y quizá esos dos modelos vitales no sean lo que parecen.

Cross my Heart and Hope to Die es como una pesadilla de la que uno despierta sin demasiada angustia, pero también convencido de que la vida es mucho más compleja y despiadada de lo que nos dijeron nuestros padres y abuelos. Vemos esa ciudad desierta, en plena canícula nórdica, y nos asustamos. Vemos el lago que suele frecuentar Otto, donde descubre el cadáver de una chica desaparecida, y sentimientos un nudo en el estómago. Los escenarios familiares se hacen extraños, como si se tratara de un cuento perverso. Y quizá sea eso, después de todo. **C.L.**